

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

Nadie sale como entró

Miguel Ángel Hernández firma *El dolor de los demás*, una novela que creará escuela a partir de un crimen que le marcó



Miguel Ángel Hernández habla del crimen cometido por un amigo suyo, que mató a su hermana y después se suicidó en Murcia en la Nochebuena de 1995.

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

Tres cuestiones quisiera adelantar antes de entrar en materia, que también es una manera de entrarle a la nueva novela de Miguel Ángel Hernández, *El dolor de los demás*. El enigma que se plantea no es el criminal con el que se juega durante todo el relato, sino el humano. Segunda cuestión, el asunto que conoca esta novela no era el que se podía esperar de su autor, una vez leídos sus libros anteriores, todos ellos de una gran solvencia narrativa y estilística. Y tercero, después de su lectura se corrobora una ley no escrita: de ninguna investigación sobre los demás se sale indemne, nadie sale como entró. En líneas generales, esta es la atmósfera literaria y temática de esta novela, de la que no dudo que creará escuela en nuestro país.

Miguel Ángel Hernández escribió la novela que estamos leyendo porque un escritor amigo lo animó a hacerlo. A ese amigo, nuestro autor le comentó un hecho luctuoso ocurrido en su pueblo hace casi 25 años, un hecho en el que él estuvo emocionalmente muy involucrado. Un amigo de la infancia y adolescencia mató, la Nochebuena de 1995, a su hermana para luego arrojarla a un precipicio. El amigo le responde que ahí hay una novela. Así comienza Hernández a esbozar su historia. Para ello recurre a modelos narrativos que ha leído: Emmanuel Carrère, Delphine de Vigan. Luego viene el trabajo de campo. Entrevistas, anotaciones, comentarios oídos en el pueblo con gente que casi fue testigo de los acontecimientos. A la vez, el autor es acosado por periodos de remordimientos, contradicciones, interrogantes sobre si debe acometer esta indagación casi detectivesca. Si debe hacerlo emplean-

do la frialdad del investigador o tratar de saber cómo su mejor amigo pudo cometer semejante crimen. A medida que pasa el tiempo, la novela que escribe Miguel Ángel Hernández sufre demoras, inconscientes o conscientes, obligadas, o simplemente desesperanzadas de que este trabajo sirva para algo más que saciar una morbosa curiosidad.

El dolor de los demás se desarrolla en dos niveles narrativos, el presente en que se recaba información para escribir la novela y el pasado, donde el autor, narrado en una ejemplar segunda persona del singular, reflexiona sobre los momentos casi exactos posteriores al crimen. Si en el primer nivel el narrador no atina a saber qué ocurrió hace unas pocas horas, en el segundo todo se encamina a saber. O a saber hasta cierto punto, dejando claro que nunca se sabrá absolutamente todo lo que ocurrió en aquella habitación donde un hombre mató a su hermana.

En la portada de *El dolor de los demás* está parte del secreto que se nos narra, ahí el autor encontró, como el protagonista de *Las babas del diablo*, el célebre cuento de Julio Cortázar, el mecanismo de una ausencia sintomática en toda la novela que leemos. La persona que el autor no podía ver, pero que existía. La víctima que el amigo ausente le impidió ver. Miguel Ángel Hernández ha escrito una novela mayor en su tesitura. Y la mejor que he leído en mucho tiempo, en castellano o traducida, sobre el dolor de los demás y la pregunta de si, al final de todo lo enormemente triste que nos ocurrió, podemos perdonar.

El dolor de los demás

Miguel Ángel Hernández
Anagrama, 2018
310 páginas. 18,90 euros

NARRATIVA

Feminismos 'weirds'

POR LAURA FERNÁNDEZ

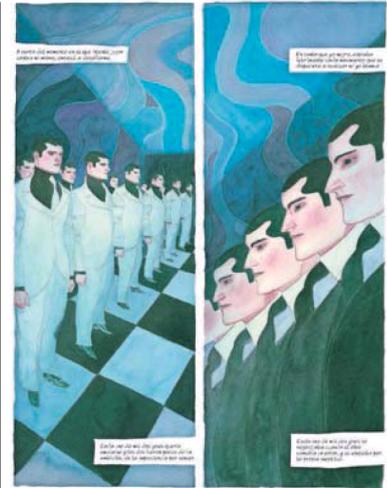
La vida de Lidia Yuknavitch parece sacada de una novela de su vecino, amigo y padrino literario Chuck Palahniuk: creció en una casa que parecía un infierno (su padre abusaba de ella, y a su madre, alcohólica, parecía traerle sin cuidado), quiso convertirse en la mejor nadadora del mundo, y acabó elaborando bizarrísimas *space operas* feministas como la que nos ocupa. Rebecca Solnit, la escritora que aisló la variable de *mansplaining*, la califica de "viaje feminista salvaje", y no le falta razón. Estamos hablando de humanos convertidos en un ejército de esculturas blancas, humanos sin cejas, sin pestañas, sin labios, humanos con puntos de datos para insertar USB, humanos que se mueren por agudarse para volver a ser humanos, para volver a sentirse unos dentro de otros, humanos decididos, como la protagonista, Christine, a autoinventarse historias que no son la suya para desencadenar una nueva revolución que no se parezca en nada a la que acabó con el planeta y que quizá traiga de vuelta a la más que humana Joan de Dark, la niña soldado enamorada de la idea misma de amar. De eso estamos hablando. Un viaje salvaje sí, y muy, quizá en exceso, *weird*. Podría decirse que todo lo que ocurre en *El libro de Joan* es extraño. Nos es tan ajeno que resulta del todo irreconocible. No es sólo que flotemos en el espacio, en una cárcel con vistas a nuestro viejo planeta, es que parece que lo único que podemos hacer ahí arriba es arder en la hoguera, o bromear de una forma del todo incomprensible con tipos que se llaman Trínculo, o recordar que estamos a las órdenes de un exautor de novelas románticas en las que las mujeres exigían ser violadas. Es que lo hacemos a través de una narración claustrofóbica, irrespirable. Porque *El libro de Joan* es una pesadilla, un paso adelante hacia alguna parte, y no una agradable, una, más bien, incomprensible, poshumana, el manifiesto de un futuro abominable sólo disfrutable para aquellos que gusten de la ciencia-ficción retorcida y sin asidero reconocible, más allá de la transmutación de una figura histórica (Juana de Arco) en adalid del nuevo transtodo.



El futuro abominable sólo disfrutable para aquellos que gusten de la ciencia-ficción retorcida y sin asidero reconocible, más allá de la transmutación de una figura histórica (Juana de Arco) en adalid del nuevo transtodo.

El libro de Joan

Lidia Yuknavitch
Traducción de Albert Fuentes, Alpha Decay, 2018. 320 páginas. 23,90 euros



Una página de *El jugador de ajedrez*, de David Sala.

CÓMIC

Mucho más que tablas

POR TEREIXA CONSTENLA

El cómic está pescando en todos los charcos. Uno de ellos, cada vez más frecuentado, es el de las adaptaciones de obras literarias. Solo en los últimos meses se han publicado, entre otras, versiones de *Sostiene Pereira*, *El diario de Ana Frank* o *Ciudad de cristal*. Aunque en este mercado predominan las novelas gráficas de títulos que han arrasado en las librerías (un ejemplo fue *Suite francesa*), de cuando en cuando algún dibujante se desmarca con una elección de riesgo, motivada más por la obsesión personal que por el cálculo comercial. Le ocurrió a Rayco Pulido, que se rebeló contra el desconocimiento de la figura de Pérez Galdós entre sus alumnos canarios y decidió aunar sus fuerzas como profesor y como dibujante para crear *Nela*, una sutil relectura gráfica de *Mariana*.

Ahora se ha traducido al español *El jugador de ajedrez*, el álbum donde el dibujante David Sala reinterpretó la última novela que escribió Stefan Zweig antes de suicidarse en Brasil en 1942. Una traslación que también nació de una fijación del ilustrador por *Novela de ajedrez*, el texto donde Zweig condensó la perversión nazi de la que había huido y que ha sido llevado al cine, al teatro y a la ópera. El escepticismo ante el proyecto salta por los aires gracias a la gran carga evocadora de sus páginas, que lo mismo entroncan con una fotografía de Robert Doisneau en París que con telas diseñadas por Klimt y otros modernistas vieneses.

David Sala (Décines, Francia, 1973), curtido antes por otras adaptaciones literarias (*Nicolas Eymerich, inquisidor*), ha huido del facilismo de lo literal. Sin adular al espíritu de la novela, ha optado por crear un álbum donde todo el poder descansa sobre lo visual, con la página ensañadora de las acuarelas, páginas con ventanas al estilo de Richard McGuire y una composición secuenciada sobre la locura capaz de transmitir el abismo de la sinrazón sin apenas palabras. La fuerza del dibujo trasladada tanto la intensidad del duelo entre dos singulares jugadores de ajedrez como el trauma de la tortura que sufrió en el pasado uno de ellos. Los colores a veces están al servicio del mar y a veces de la claustrofobia del barco. Una versión gráfica capaz de valerle por sí misma, con valor añadido y dispuesta a emanciparse de la obra que la inspiró. Mucho más que unas tablas.

El jugador de ajedrez

David Sala. A partir de la novela de Stefan Zweig
Traducción de María Serna, Astiberri, 2018
128 páginas. 21 euros